

Clara Voghan

*Soledad,
sexo y pedagogía*

edición digital



Reading & relax, III

© Clara Voghan, 2006

Todos los derechos reservados.

Exp. 464496

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

www.claravoghan.com.ar

Visite nuestro grupo en Yahoo

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

Capítulo IV

Sin red

Leonardo se sentía increíble. Todo aquella mañana había sido luminoso. Sus vecinos, a diferencia de otros días, lo habían esperado en el elevador con solicitud. Luego lo habían mirado sonrientes, casi divertidos. Incluso le pareció que el señor del cuarto estaba haciendo morisquetas a su espalda, a juzgar por la cara de los otros, pero, lamentablemente, él no giró tan rápido como para verlas.

Ahora que lo pensaba, el guardia de seguridad también le había sonreído en el pasillo, pero cuando por accidente rozó su trasero, el tipo reaccionó como enloquecido.

¡Gente rara!

* * *

—¿Qué?

—¿Qué “que”?

—¿Qué te ocurre, que llevas esa sonrisa idiota en la cara?— preguntó, celosa, su secretaria. — Mírate, incluso te has ruborizado— añadió.

—No seas tonta— le replicó Leonardo. — Desde la adolescencia que no me ruborizo— acotó, mientras las mejillas le ardían como fuego.

Estaba feliz. Increíblemente feliz. A pesar de que aquel día, a primera hora, le había tocado el timbre a Soledad y no la había encontrado, era como si la noche de amor todavía no hubiera acabado. Podía sentirse aún metido en el cuerpo de ella, disfrutándola, poseyéndola, entregándose. Sin apuro, sin tiempo, sin...

¡¡ Sin condón!!!!!!!

¡Maldición! ¡¿En qué había estado pensando?!

Durante más de diez años no había fallado ni una vez en ponérselo. Para él ya era una rutina. ¡Siempre llevaba uno en el bolsillo! .. Y entonces, ¿por qué lo había olvidado justo con Soledad, y en su primera vez?

¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición!

La única excusa que tenía era que todo había sido tan impulsivo, tan apasionado... Tan impensado, como impensable. Nunca antes había hecho el amor así...

Pero esa no era una buena excusa. De los dos, se suponía

que él era el de la experiencia. El hombre. El que debía cuidarla.

* * *

¿Cómo se había olvidado de pedirle que usara condón?

Su madre la había entrenado para eso desde que le había sacado los pañales. Mucho antes de que se hiciera “señorita”, Lidia ya le metía un preservativo junto con sus útiles escolares. Y, ya de adulta, cada vez que iba a visitarla, aparecían nuevos condones en su cartera, como si se reprodujeran por generación espontánea.

Soledad sabía perfectamente que cuidarse no era sólo cosa “del hombre”. Ella se había condicionado mentalmente para exigir un preservativo, si la ocasión se presentaba. Sabía exactamente como ponerlos (¡ el condenado plátano!), y hasta como hacerlo con la boca (¡cosas de su madre!).

Y entonces, ¿por qué maldito acto fallido lo había olvidado?

Leonardo se acostaba con muchas, eso lo sabía desde el principio. Podía perfectamente tener sida, o ser “positivo”. Aquella enfermedad no sólo le daba a los promiscuos o a los adictos. También la buena gente enfermaba. Ella había conocido a una muchacha, en el consultorio de su madre, que se había infectado por descuidarse una sola vez, con su primer y único novio.

Y Soledad se había descuidado no una, sino varias veces...

* * *

No estaba infectado. Bueno, al menos eso creía (nunca se podía estar del todo seguro). Se había hecho el examen hacía muy poco. Y después de eso...

Una, dos, tres..., Soledad.

¡Maldición! ¡¿Por qué no había usado preservativo?! Ella era la última persona en este mundo a la que quería lastimar ...

Pero era casi imposible que estuviera infectado. Él había sido muy cuidadoso con las demás, y...

¿Y si quedaba embarazada? ..

¿Y si Soledad quedaba embarazada?

* * *

¡Estaba ovulando!

Seguro que estaba ovulando. ¿Por qué tan húmeda, si no?; ¿tan ardiente?

¿Y si quedaba embarazada?

Iba a conservarlo, por supuesto. Porque...

¡Dios! Se había convertido en un estereotipo viviente. La niña del teleteatro que quedaba encinta luego de la primera vez. Digno castigo por haber tenido sexo, y encima disfrutarlo.

¡Vamos! Ya era el siglo veintiuno. Y todavía se estremecía al recordar a Leonardo adentro suyo... ¡El sexo era fabuloso!

Y, entonces,.... ¿por qué el miedo?

* * *

Soledad salió de la oficina una hora antes. No sabía los horarios de él (no sabía nada de él), pero tenía esperanzas de encontrarlo en...

¡El corredor!

Leonardo la esperaba sentado en el piso del corredor.

—Salí antes y...— comenzó a decir él.

—Yo también y...— continuó diciendo ella, mientras abría la puerta de su apartamento.

Cuando el pestillo se cerró, hablaron al unísono.

—¡No usamos condón!— dijeron.

—Lo se. Es una tontería. Yo tendría que haber...— dijo él, avergonzado. — Era mi responsabilidad—.

—¡Claro que no!— aclaró ella. — También era la mía. No se en que cosa estaba pensando....

—Quiero que sepas que hace poco me hice el estudio, y después me he cuidado..., excepto contigo, claro... Y si llegaras a quedar....

—No, no voy a quedar.

—Si llegaras a quedar, yo..., yo me haría cargo de... de todo lo que....

—Yo no abortaría.

—No me refería a eso... ¡Nunca pensé eso! Yo me refería a....

Se produjo un silencio elocuente entre los dos, durante el cual se miraron con la misma intensidad con la que se habían amado la noche anterior...

Y comenzaron a besarse. Y ya no hubo forma de parar. La piel de cada uno reclamaba la del otro. Las caricias los hacían abandonarse en el placer compartido, y el placer nublaba cada vez más la razón, el cálculo, o el entendimiento. Sólo era buscar pertenecerse uno al otro, completarse... Amarse. Y ya no se sabía donde empezaba la humedad de él, o terminaba la de ella, donde su pasión, o el éxtasis.

¿Si ella tuvo un orgasmo? ..

No. No tuvo uno. Tuvo muchísimos, que se arremolinaron en un solo placer, tan único como inolvidable.

Él, por su parte, ya había independizado las sensaciones, de la potencia de su sexo. Bastaba acariciarla o besarla para sentirse tan adentro de ella como nunca lo había estado de otra.

¿Cuántas veces hicieron el amor durante aquellas seis horas?

¡Quién sabe!

* * *

La vecina del segundo comenzó a golpear la puerta de Soledad.

—Querida, soy Dorita. Se ha escapado Toribio, mi gatito...
¿No estará cerca de tu ventana?

Como salidos de un sueño, ambos amantes reaccionaron.

—Vístete rápido. Ella no se sorprenderá de verme aquí— dijo Leonardo.

A los dos minutos la vecina ya estaba mirando por la ventana del apartamento de Soledad.

—No, no parece estar aquí.

—Pregúntale a Laurita, del primero. Seguramente ha bajado hasta su casa— dijo Soledad.

—Tienes razón. Seguramente...— repitió la mujer, mientras miraba con desconfianza a Leonardo.

Ya en la puerta, la solícita vecina no pudo menos que hacer un aparte con Soledad.

—Cuídate de él... ¡Nunca se sabe con estos maricas! La otra noche dijo que había venido a contemplarme dormir y, ¿sabes?, creo que era cierto. Estaba muy excitado. Me parece que yo le gusto..., y quizás tu también. Hazme caso y cuídate de él— le susurró al oído.

—Me voy a cuidar— respondió la muchacha, casi sin pensar. Pero inmediatamente empalideció.

Cuando su vecina se fue, buscó a su amante con la mirada.

Él también estaba pálido. Y sostenía en la mano un condón cerrado, que miraba con horror.

—¡Otra vez!— musitó él.

—¡No puedo creerlo!— repitió ella varias veces, como si así fuera a convertir la situación en más verosímil.

Sonó el timbre y volvieron a tomar distancia.

—¿Quién es?— preguntó Soledad, sin abrir la puerta.

—¡Victoria! .. Te están esperando en la agencia....

—¡La agencia! .. ¡La carpeta!— se espantó Soledad.

Había esperado esa oportunidad durante dos semanas.

Era hora de volver a la realidad.

* * *

—Me parece que todo ha salido bien... ¿Crees que te contratarán?

Victoria miró a su amiga, sorprendida.

—¡Eh! .. ¿Qué te pasa? .. Has esperado esta oportunidad por más de....

—Me acosté con Leonardo— dijo Soledad en un tono grave que helaba la sangre.

—¡Bueno!— se alegró su amiga. – Ya era ho....

—Sin condón.

—¡¿Cómo?! ¿Cómo que “sin condón”?

—Los dos lo olvidamos.

—¡¿Cómo puedes olvidar semejante cosa?! Siempre hay un momento para....

—No hubo.

—Pero cuando uno se....

—Créeme, no hubo.

—Bueno, no será tan grave. Por una vez que....

—No fue una vez.

—Bueno, quien dice una, dice dos o tres....

—Fueron bastantes más.

—¿Más? ¿Con cuántos te has acostado? ¡Hasta hace dos días eras virgen!

—Es que no entiendes... Todo fue tan....

—Salvaje, claro....

—No.

—Sexual, entonces....

—No, no... Tan íntimo... Tan propio... Tan natural....

—¡Qué se sintieron conejos y se olvidaron de que existían los “forros”! .. Mira, lo que dices puede resultar muy romántico, pero... ¡Yo he estado ahí! También he sentido una gran pasión y me he olvidado de todo. ¡Pero no del condón! .. ¡Vamos! Hasta hace una semana no eras capaz de prestarle cincuenta pesos al tipo, y ahora hipotecas tu vida, y la pones a su favor. ¿No crees que es demasiado?

—Lo se, lo se... No se si esta es mi forma de contrariar a mi madre, o....

—No te creo tan estúpida... Bueno, mira, ya es inútil llorar sobre la leche derramada. Y, créeme, lo digo textualmente. Ahora lo que debes hacer es olvidarte del tal Leonardo....

—¡Olvidarlo! .. ¿Por qué?— exclamó Soledad, desde lo más profundo de su alma.

—El tipo es un verdadero canalla. ¡No usar condón! ¡Vamos! .. Muchos tipos no quieren usarlo porque, si no, no les funciona, y buscan cualquier excusa para evitarlo. ¡Total, a la que arriesgan es a ti!

—Leonardo no es así... Él..., él....

Se había olvidado el condón.

¿De cuántas cosas más se olvidaría en el futuro?

* * *

Las dos de la madrugada. Leonardo se revolvió en su incómoda ubicación. Había pasado las últimas seis horas apoyado en el vano de la puerta de Soledad, y ella no había aparecido. ¡Por segundo día consecutivo!

Estaba desesperado. Ya le había preguntado a todos los de la casa por un teléfono o una dirección donde poder encontrarla, ¡pero nada! Había intentado, incluso, seducir a Dorita, la del segundo, para que le diera el teléfono de Lidia. Pero la vieja era implacable. Había recurrido al administrador del edificio, pero como el apartamento de ella era rentado, no tenía dato alguno que le sirviera.

Y ahora estaba allí, tirado en el piso, esperando en vano, y desesperando de hallarla.

Abatido, se puso de pie y entró a su apartamento.

Se escuchó el eco de la puerta al cerrarse. Y entonces fue Soledad la que, oculta en un pasillo lateral, se puso de pie y se dirigió con sigilo hacia su hogar.

¡No quería encontrarse con él! ¡No podía hacerlo! Ella le había permitido meterse adentro suyo pensando que sólo le abría la puerta de su sexo nuevo. Pero en el preciso momento en que él la poseyó, se habían abierto también muchas otras puertas, inicios de caminos inexplorados, de sentimientos ocultos, y de emociones que la sacudían y la dejaban indefensa. Y no era bueno andar indefensa por la vida, de la mano de alguien del que no se estaba muy seguro de que fuera a devolver cincuenta pesos.

Con dolor cerró la puerta y se apuró a desvestirse. Necesitaba dormir. Cerró los ojos, agotada, pero un ruido mínimo la obligó a abrirlos nuevamente.

¡Estaba ahí, en su casa, muy cerca de ella!

¡Y era una cucaracha inmensa!

No. No iba a gritar. Si lo hacía iba a venir Leonardo, y ella iba a sucumbir a sus brazos. Otra vez... Y él sólo quería sexo, y ella...

¿Y ella?

La cucaracha casi se le abalanzó, y fue del todo inevitable gritar. Y gritó. No despacio, precisamente. Gritó fuerte, y con desesperación. Varias veces. Hasta que Leonardo comenzó a golpearle la puerta.

—Hay una cucaracha— llegó a decirle.

Y entonces empezaron a besarse con pasión. Y pronto estaban haciendo el amor, así como estaban, casi vestidos, mientras la cucaracha caminaba a su alrededor, tratando de no estorbarlos.

Y no fue hasta que la pasión cedió un poco, que ambos vieron al maldito bicho prácticamente observándolos en primera fila.

Los dos pegaron un salto de terror y se parapetaron tras la puerta del tocador.

—Vamos, máatala— imploró Soledad.

—Yo también les tengo miedo— confesó Leo.

—Pero si tú....

—La primera vez, la aplasté con un sostén que encontré en un canasto, y la segunda, la rocié con veneno....

—¡Pero si yo no echo veneno porque me hace mal! No había olor a... ¡Ah, mi perfume!

—Es bastante bueno. Muy persistente... No quería que pensaras que era un cobarde.

—¿En cuántas cosas más me has mentido?

—¡Nada! ¿Por qué lo dices?

—¿Todo fue una trampa para acostarte conmigo?

—¡Si!— respondió él, con total sinceridad y descaro. —Te deseé desde el mismo momento en que te trepaste sobre mí, la noche que te conocí.

—Entonces ya está. Lo conseguiste... Puedes buscar a la que sigue....

—No... Quiero más— dijo él, en el preciso momento en que la cucaracha se colaba entre sus pies.

Los dos corrieron espantados hacia el dormitorio, se arrojaron sobre la cama, y se taparon con la sábana, como si eso despistara a su perseguidora.

—Tú debes matarla. ¡Eres el hombre!

—¡A buena hora te has vuelto machista! Para matar cucarachas, sí. Para todo lo demás pareces poder arreglarte sola.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué me evitas cada vez que puedes?

—Porque siempre acabamos igual. Aquí, en la cama. O en el piso... ¡Y ni siquiera usamos condón!— se lamentó. —¿Por qué no lo hacemos?— añadió, suspicaz.

—Creía que lo que pasaba, nos pasaba a los dos— replicó Leonardo, algo dolido.

Por un momento callaron.

—Yo...— comenzó a defenderse Soledad.

Pero se detuvo cuando, imprevistamente, se hizo la luz.

—¿Qué demonios estás hacien....

Francisco, que los había destapado, se paró en seco al ver que Soledad estaba acompañada. Luego observó a Leonardo con cara amenazante. — ¡De nuevo tú!— le dijo.

El muchacho se sorprendió al reconocerlo. El tipo era aquel policía que había hecho las veces de cerrajero, sólo que ahora, afeitado y de traje y corbata, más parecía un lord inglés que un

delincuente (aunque de cualquiera de las dos formas, daba miedo).

—Hola, papi— lo saludó la muchacha, con total desparpajo.

—¿Éste es tu padre?— le preguntó Leonardo, asombrado.

—No— respondió Soledad.

Ahora sí que el pobre Leo no entendía nada.

—¿Y, entonces, quién es?— volvió a preguntar, ya algo molesto.

—Aquí el que hace las preguntas soy yo— dijo el tipo, con un tono firme que helaba la sangre (la de Leonardo, al menos), y luego se dirigió a Soledad: — ¿Se puede saber quién es este fulano?

—Mi vecino— dijo ella.

Leonardo la confrontó, enojado: — ¿Tu vecino? ¡Hemos estado juntos un montón de veces, y dices que soy “tu vecino”! ¡Yo soy tu novio!

—¿Es tu vecino, o tu novio?— repreguntó Francisco a la muchacha.

—Es mi vecino. Pero tenemos sexo...— respondió ella, con total naturalidad, ante la mirada atónita de su amante.

—¿Sexo? .. — repitió Francisco, sin poder ocultar su alivio.— ¡Ya era hora!

Leonardo, a un lado, atestiguaba incrédulo aquel diálogo de locos.

—¡No vayas a contarle a mi madre!— le suplicó la muchacha.

Leonardo volvió a ofenderse: — ¿Por qué no puede contarle? ¡Si somos novios!—.

—Tu no eres novio de ella hasta que ella así lo diga, ¿me entendiste?— bramó el hombre aquel, que para ese momento ya medía casi dos metros (o así le parecía a Leo).

Pero el muchacho no se dejó intimidar. Se trataba de Soledad, y se trataba de muchas cosas a un tiempo. Cosas que no podía explicar, pero que generaban en él una adrenalina que lo hacían capaz de todo.

Con violencia se puso de pie y enfrentó a su agresor.

—Mire, yo no se quién es usted, pero....

—Soy el padre.

—No, no lo eres— terció Soledad.

—¡Cómo si lo fuera! .. ¡Te he criado! Y no estoy dispuesto a que este tipo, que es suficientemente hombrecito como para meterse en tu cama, pero no tanto como para salir de ella, te....

Leonardo, enfurecido, no lo dejó terminar.

—Para que sepa, yo... yo... ¡Yo estoy enamorado de su hija, o lo que sea!

Soledad se ruborizó, y Leonardo... Leonardo quedó impactado por las mismas palabras que estaba pronunciando. ¡Sí! Estaba enamorado... ¡Por eso siempre olvidaba usar condón! Porque quería retenerla. Hacerla suya. De cualquier forma posible...

—¡Enamorado!— repitió el hombre con sarcasmo, como si se encontrara en medio de un interrogatorio. — ¡ ¿Y en qué te basas para decir eso?!

Por la mente de Leo pasaron rápidamente todos aquellos sentimientos que habían inundado su corazón desde la primera vez que había cruzado aquel corredor. El placer de tenerla cerca, su forma de escucharlo, sin obligarlo a hablar, su frescura, su complicidad, su picardía, su humor, el sexo, sin condón y sin cita previa. Un sexo nuevo, inventado por los dos, y que no se parecía a ningún otro en el que hubiera participado. Esa necesidad estúpida de protegerla, de cuidarla... Y esas ganas, ¿por qué no?, de hacerse responsable si...

Esos sentimientos extraños y desconocidos pasaron por su mente. Pero sólo pudo decir:

—En que la quiero.

¡Bastantes palabras, por ser un hombre!

—¡No me alcanza!— gritó el tipo.

—¡ A mi sí!— se enfrentó Leo.

Estaba haciendo un papel maravilloso. El muchacho se sentía valiente e invencible. Capaz de enfrentarse a todo y a todos por recuperar a su dama. Y, entonces, ocurrió. Justo en ese preciso momento.

Leonardo abrió los ojos con horror, profirió un grito, y volvió a la cama de un salto.

—¡¿Qué?! ¿Qué es? ¿De que se trata?— dijo Francisco, mientras sacaba un arma y se volteaba para ver cual era el horrible peligro que los amenazaba. Tardó en entender, pero ni

bien lo hizo no pudo evitar mofarse: — ¿Este es el problema?— dijo, señalando a la cucaracha. Enfundando su arma, se dio vuelta, y miró a Leo, sonriente: — ¿Tu también?— le preguntó. Y después procedió a hacer justicia por mano propia. Literalmente, por mano propia. Aplastó al insecto de una sola manotada.

Leonardo y Soledad, asqueados, se abrazaron al verlo, a la vez que proferían un gemido lastimero.

—Miren chicos... No se que vayan a hacer con sus vidas... Pero, por favor, compren un insecticida...— aconsejó, mientras, divertido, se limpiaba la mano en la pared.

Luego, con el mismo sigilo con que se había metido en el apartamento, se salió, dejándolos solos.

—Me parece que ustedes tienen mucho de que hablar— les dijo, justo antes de irse.

Pero ni Soledad ni Leonardo abrieron la boca. Sólo se quedaron allí, asustados de sus propios sentimientos.

¡Gallinas!

* * *

—Mira, en el sexo todo se puede negociar— rompió finalmente el hielo Soledad.

—¿Qué quieres negociar? Nosotros no tenemos problema con el sexo... Al menos yo....

Leonardo no pudo acabar la frase. Las mujeres eran a veces muy escondedoras, y muchas fingían, aprovechándose de...

—Yo tampoco...— dijo ella.

—¿Entonces?

—No me gusta hablar de novios, compromiso o casamiento. Esas cosas no sirven para nada. Se trata de placer y sexo. Me gusta, me acuesto contigo. No me gusta....

—¿Te vas con otro? .. ¿Ese es el problema? ¿Quieres más experiencia?

—¿Y si así fuera? .. Yo nunca antes....

Leonardo la miró, profundamente decepcionado. Destrozado por dentro.

Soledad no pudo contener más sus sentimientos, y se apuró a abrazarlo.

—¡No! ¡No quiero a otro! .. ¡Te quiero a ti! .. Pero es que... Mi madre dice que....

—¿Y ahora, justo, le vas a hacer caso a tu madre? .. Mira, yo estoy tan asustado como tú. No se que es lo que me pasa, porque nunca antes... Pero sí se una cosa. Te quiero hacer el amor como quiera. Con condón o sin él. Y quiero encontrarte cuando vuelva a casa. Y quiero tener una casa, con aire acondicionado y sin cucarachas, pero contigo.

—¿Me estás proponiendo ir a vivir juntos?

—Te estoy proponiendo matrimonio.

Esas palabras salieron de la boca de Leo con total naturalidad, como si, muy a su pesar, ya llevara largo tiempo pensándolas.

Soledad, en cambio, se quedó muda.

—Mira, de todos modos vas a tener que dejar el apartamento — insistió él. — Ni tú ni yo vamos a limpiar esa pared, y eres incapaz de vivir aquí, con ese cadáver contemplándote...— dijo, señalando la profanada pared contigua al baño. —¡Vamos! ¿Qué dices? .. ¿Te casas conmigo?

Soledad lo miró, conmovida.

—No— fue su única respuesta.

Y entonces todo se acabó.